

## Hombres, ideas y libros

### J. O. Curwood, un escritor naturista

Hace algunos meses falleció en los Estados Unidos el gran escritor J. O. Curwood, cuya obra novelesca ha sido traducida a varios idiomas extranjeros. Nuestro colaborador don Mariano Latorre esboza en las líneas del artículo que sigue un resumen crítico de la obra de este novelador singular. Es este, que sepamos, el único comentario provocado en Chile por la muerte de Curwood.

**D**E los escritores anglosajones tenemos en castellano pocas noticias. Tradúcense los que, por la universalidad de su obra, pueden ser gustados de todos los públicos, pero esta traducción dispersa impide formarse sobre ellos un criterio exacto. Escápanse, desde luego, las conexiones que tales escritores tienen con otros más antiguos y lo que a veces aparece como un rasgo de originalidad no es sino producto de influencias, una orientación marcada por el carácter de una raza o simplemente, el resultado de una educación deportiva y aventurera.

Es muy frecuente oír, por ejemplo, que J. O. Curwood proviene de London. Un crítico estadounidense levanta para Curwood este cargo que habitualmente se le dirige. London fué, sin duda, el primero que hizo de los animales, de los perros y de los lobos, sus antecesores, personajes centrales de sus novelas; pero hay una diferencia marcada entre los perros de London y los de Curwood.

Esta diferencia proviene del temperamento de ambos escrito-

res. London es un pesimista, un escéptico que considera al hombre un animal instintivo y malévolo. Sus perros tienen, hasta cierto punto, cualidades de bondad superiores a ellos; son casi más hombres que los hombres mismos. Su imaginación los agrandaba hasta hacerlos seres prodigiosos.

Curwood los encara desde otro punto de vista. Es, desde luego, un observador más preciso que London y ahonda, en la psiquis animal, desde afuera, si pudiéramos decir. Entre los hombres y los perros que viven cerca de ellos hay la diferencia de un ser civilizado y de un animal. Son perros y tienen, naturalmente, los defectos de los perros; pero esto no quiere decir que el frío temperamento de un hombre de ciencia sea su guía al crear esta innumerable serie de libros (J. O. Curwood es tan fecundo como London) que forman una crónica animada de la vida natural de Alaska y del Canadá. Hay un equilibrio constante entre el hombre y la bestia. No es un antropocentrista ni tampoco (creemos el vocablo correspondiente) un perrocentrista como London. Perros y hombres tienen el papel que la naturaleza les ha asignado. No son símbolos que el autor deforma, al capricho de su imaginación.

Según Curwood, la psicología específica del animal y sus funciones cerebrales están sometidas a leyes tan precisas como las de nuestro propio mecanismo intelectual. Domina en ella el instinto, pero este instinto tiene su raíz en la memoria, en las asociaciones de ideas y en el sentimiento.

«Los animales, dice en «Bari, perro lobo», tienen sus rencores y sus venganzas. Poseen una especie de virtud latente que los hace comprender, bajo la acción de Osekí, el gran espíritu de la soledad, que, víctimas de la barbarie humana, tienen los unos hacia los otros un imperioso deber de fraternidad.» Y en este sentido coincide Curwood con ciertos sabios que no son, precisamente, novelistas.

Este aspecto científico en el que, por lo demás, Curwood no insiste, comunica a sus novelas de aventuras algo imprevisto y original. La fábula deja de ser antropocéntrica. Si poseen los animales una inteligencia, si no igual, por lo menos muy poco

inferior a la nuestra, y funciona, de acuerdo con parecidas leyes de razonamiento, no hay por qué darles en el relato un papel secundario. Las mismas pasiones, malas o buenas, dirigen sus impulsos y coordinan sus actos, sin la agravante del cálculo o de la hipocresía, inevitable en el hombre civilizado.

Supongo que J. O. Curwood cree en una potencia superior, directora de sus actos, como en los hombres.

Como Mukoki, de «Donde nace el río», Curwood debe suponer una Providencia de los animales, que inspira sus instintos, despierta en ellos cierta conciencia y los resguarda y regula en sus impulsos. Esta Providencia defensora, benévola para los animales más viles, es Yokou Wapou, la presencia tutelar.

Curwood se aparta también, en este sentido, de London. Es un creyente sincero. No tiene su fe, por lo demás, nada de complicado ni está sujeta a ningún dogma fijo. Es una especie de panteísmo conciliatorio que desparrama su alma divina, oculta y soberana, en el alma de todas las creaturas. Esta misteriosa correspondencia que se establece en todos los instantes de su vida entre los seres y las cosas, no es, en último término, más que el sentimiento religioso de la naturaleza.

Uno de los personajes de Curwood nos suministra un ejemplo típico. El aislamiento en que vive, acrecentado por la angustia amorosa, lo lleva hasta el desquiciamiento. Se hunde, en cuerpo y alma, en la noche dantesca:

«Solitario y herido en el alma, sintió la vida y la simpatía y el amor de la naturaleza insinuarse en él, entristecerse con su tristeza, animarle con su esperanza y asegurarle de nuevo la amistad de los árboles, de los cerros y de toda la vacía inmensidad que lo rodeaba».

Curwood ha encontrado un acento único, emocionado, para exteriorizar este sentimiento de la naturaleza que lo conmueve y exalta. Es difícil dar una tan clara, directa y pictórica visión de los paisajes del Northland, con rasgos tan breves y sobrios, a menos de ser un poeta innato. Curwood lo es, pero más de sentimiento que de expresión. Junto a grandes trozos descriptivos en que se pintan las avalanchas de nieve o las tormentas

sobre los cerros o el incendio de los bosques, existen en las novelas de Curwood otros cuadros menores que no se olvidan. El efímero esplendor de la primavera polar, por ejemplo. Nada prueba mejor la opulencia y la amplitud de la visión de Curwood que la variedad que ha dado a los aspectos o a los instantes de un mismo paisaje, en sus obras de imaginación.

Es preciso agregar, sin embargo, que el novelista norteamericano no usa para esto ni una gran riqueza verbal ni los recursos habituales de los que hacen, en Francia por ejemplo, novelas exóticas. Curwood consigue la dramaticidad con los más simples recursos, así como, en el lenguaje habitual, logra encerrar la maravillosa poesía que lo ha conmovido y lo ha hecho novelista.

Curwood, como la mayoría de los escritores anglo-sajones, no tiene sobre la composición el concepto que domina en los franceses. Un plan sin falla alguna, a la manera de Maupassant o de Flaubert, no existe entre los norteamericanos, ni existe en Curwood; sin embargo, la abundancia de episodios y de detalles no rompe la acción de sus relatos. Generalmente cortos, pueden gustarle al lector más exigente en esta materia.

Pero volvamos a los antecedentes literarios de J. O. Curwood. La escuela a que pertenece, llamada por los críticos norteamericanos escuela naturista y en la cual no figura London, pues sus raíces están, más que todo en Kipling, se originó con las novelas de un literato canadiense llamado G. D. Roberts, hombre nacido y criado en las frías soledades donde un emigrante desconocido, que más tarde llegó a ser multimillonario, clavó la bandera inglesa.

G. D. Roberts tiene una producción considerable. Hace diez años sus cuentos llamaron la atención de millones de lectores ingleses y americanos. Sus páginas estaban saturadas del hálito bravío de los grandes espacios. Roberts humanizaba extrañamente a las alimañas y a las fieras, a las aguas, a las nieves, a las aves, a los reptiles. Nadie interpretó mejor a los habitantes del desierto helado: a los sombríos osos del polo, a los hoscos búfalos, a las águilas magníficas, contempladoras del sol, a los

perros salvajes, reintegrados a las manadas de lobos. Y como escenario del drama de cada fiera humanizada, el cuadro inquietante de las enormes montañas, de los bosques helados, de las estepas mortales de Alaska y Labrador.

J. O. Curwood descende directamente de G. D. Roberts.

Curwood tuvo, desde pequeño, el gusto por la vida libre, por las regiones desconocidas del hombre, el sentimiento casi religioso, que ya hemos anotado, por la naturaleza. Hay razones ancestrales que justifican esta predilección. Curwood descende, por su padre, del capitán Marryath, famoso escritor inglés de aventuras. Corre, además, por sus venas sangre piel roja, transmitida por su madre, cuya bisabuela era una auténtica princesa india.

Curwood, según uno de sus biógrafos, casi no ha habitado en las ciudades. Vivió en el campo desde los seis años de edad, pues su padre fué colono a orillas del lago Erie, en una región rodeada de bosques y de pantanos. Aquí despertóse su gusto por la vida natural. Vagabundeaba por las márgenes del lago, sin asistir a la escuela donde estaba matriculado. Prefería a las disciplinas pedagógicas las excursiones por los pinares, arrullados de torcazas y donde las ardillas ponían la gracia pintoresca de sus colas engrifadas o cuyo silencio dorado horadaba el silbido de las ariscas perdices. Llegaba en sus vagabundajes a las tiendas de los indios que, más tarde, iba a describir en sus libros, en una maravillosa decoración de auroras boreales.

Los instintos salvajes, que palpitaban en él desde sus antepasados, dominan al muchacho hasta tal punto que, un día, abandonó la escuela y salió a vivir a pleno aire. Se hizo cazador de lobos. Era un hombre decidido y le fué bien. De su peligrosa aventura trajo el dinero suficiente para matricularse en la Universidad de Michigán y este fué el motivo, según Curwood, del cual nació su novela «Cazadores de lobos».

Llega el momento de escoger una carrera, Curwood no se encasilló en ninguna de las profesiones al uso. Se hizo, simplemente, periodista, es decir, repórter. Ejerció su oficio siete años. Fué ésta su escuela literaria; pero un vago instinto le advertía que la aventura iba a ser la fuente de su originalidad, de su

inspiración. Un día partió a las regiones septentrionales en busca de su verdad y de su arte.

Con las muchedumbres montaraces que descienden las impetuosas corrientes, a golpes de remo, cantando las viejas canciones galas que aun se conservan en el Canadá, atravesó el río Mackenzie y recorrió el Yukón y el territorio de Alaska. Vivió la vida pintoresca de los pueblos migratorios. Se acercó a los Chepenos de cara estrecha que cambian sus cueros de lobo por tabaco y whiskey en las factorías. Siguió a los mestizos y a los indios sobre los viejos puestos de caza. Su epopeya empezaba ya a germinar en su cerebro.

Estos hombres rudos, hundidos en el silencio del gran desierto blanco, eran enérgicos y nobles al mismo tiempo. Estaban desprovistos de las ventajas de la vida civilizada, pero, al mismo tiempo, de sus taras.

Muchas veces se cruzó con los sargentos de la policía montada, cazadores de hombres, que perseguían a algún *outlaw* fugitivo. Y pudo convencerse de que, en la mayoría de los casos, estos hombres primitivos no eran criminales.

Jim Carvel de *Bari, perro lobo*, David Deane de *Corazones salvajes*, son dos parias rehabilitados por Curwood. Y es éste otro rasgo de su espíritu: la piedad por los seres desgraciados.

En «Lazo de oro», una de sus mejores novelas, describe hábilmente los vicios y costumbres de los esquimales y en «Corazones salvajes» hay curiosos datos sobre los ritos funerales de los *Koymollochs*. Al mismo tiempo, la descripción de las estepas invioladas, de los formidables bosques de pinos, las magníficas noches polares, doradas por las auroras boreales y llenas de la misteriosa sinfonía de las nieves vivas, rodando por las quebradas y deshaciéndose en millones de arroyos al mordisco insidioso del torrente.

Valor, lucha, pavor y sangre, ardores y reacciones de la muerte sobre los hombres encarnizados en no morir, su victoria o derrota frente a los elementos desencadenados y la energía desplegada para sobrellevar los obstáculos, forman la médula espinal de la obra de Curwood.

Pero tanto las bestias como los hombres experimentan la inclinación, el embrujamiento de la mujer. Es una característica de Curwood. Así *Kazan*. Así *Bari*, su hijo. Así *Bram*, el loco primitivo que ha secuestrado, por amor y veneración de su belleza, a *Celia*.

La obra de Curwood es, como he dicho, una epopeya. Tiene del poeta épico las imágenes grandiosas y patéticas. Sobre todo cuando se refiere a los animales. Ya se trate de la Loba gris, compañera ciega de *Kazan* o de *Bari*, o ya se trate de *Vicoux* y de *Micke* en los *Grizzly*, historias de osos, nos hace acercarnos a ellos y considerarlos camaradas, a pesar de su animalidad, porque Curwood observa a las bestias no sólo como naturalista, sino como un sociólogo comprensivo y perdonador. Arrojadlos en la gran aventura de la vida, ante esa formidable naturaleza polar, compañeros involuntarios o enemigos encarnizados de los cazadores de lobos o de las tribus nómadas que penetran a sus dominios y combaten con energía indomable a sus adversarios o defienden a los aliados que la suerte les deparó en la inmensa y blanca soledad del Polo.

MARIANO LATORRE.